



Universidad, con la enumeración de cada una de las cátedras ganadas por propagandistas o candidatos considerados afines por la propia Asociación; por último, la sería división que existió —desde 1936— entre Angel Herrera, primer presidente de la ACN de P, y Fernando Martín-Sánchez, su sucesor en el cargo.

J. J. Sánchez Aranda

Antón M. PAZOS (coord.), *Un siglo de catolicismo social en Europa. 1891-1991*, EUNSA (Colección «Historia de la Iglesia», 22), Pamplona 1993, X + 268 pp.

Durante los días 23-24 de abril de 1991 se desarrolló en Pamplona un encuentro de profesores, especialistas y estudiosos de la historia reciente del catolicismo. El encuentro —*Coloquio Internacional*— estaba organizado como actividad interdisciplinar bajo la responsabilidad del Centro de Investigaciones en Historia Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras y del Instituto de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología. Colaboraba también con su sustancial aportación el «Centro de Documentación Europea», siempre en el seno de la Universidad de Navarra. Como bien se recuerda, se celebraba justamente ese año el Centenario de la *Rerum novarum* y en ese ámbito —lleno de resonancias celebrativas que se sucedían en las universidades o cenáculos cultos a lo ancho del mundo— las conversaciones de Pamplona se desarrollaron en clima de espontánea participación animada por un aliciente de tanta actualidad. El presente volumen recoge las cinco ponencias que fueron los ‘platos fuertes’ de aquel simposio y que dieron pie al diálogo en fecunda comunicación e intercambio.

En este libro se contempla un espectáculo global. O, si se prefiere, cinco espectáculos globales, cinco tapices distintos que corres-

ponden a cinco grandes áreas del mapa europeo: España (a cargo de José Andrés-Gallego —catedrático de Historia e investigador del Centro de Estudios Históricos del CSIC, director de «Hispania Sacra»— y de Antón M. Pazos, profesor de Contemporánea en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y secretario del Instituto de Historia de la Iglesia), Francia (Yves Marie Hilaire, profesor de Contemporánea en la Universidad Charles De Gaulle [Lille III] y director del «Centre d’Histoire religieuse» y de la «Revue du Nord»), Italia (Luigi Trezzi, profesor de Historia económica en la Universidad de Brescia y en la Católica de Milán), Bélgica (Emmanuel Gerard, investigador del Consejo nacional de investigaciones de aquel país así como profesor de Ciencia Política en Leuven, buen conocedor de los repositorios documentales de los movimientos sociales católicos), Alemania (Konrad Reppen, emérito de la Universidad de Bonn, coeditor del *Manual de Historia de la Iglesia* iniciado por H. Jedin, además de investigador y editor de otras prestigiosas obras como las *Acta Pacis Westphalicae*). Los cinco son trabajos descriptivos, que contienen abundantísimos datos dispuestos en sendos panoramas algún tanto abigarrados. No es fácil al lector obtener una esquematización o un dictamen definitivo. Diríase que tampoco es lo que se pretende con la exhibición de estos «tapices».

No faltarán quienes encuentren incómoda la expresión *catolicismo social*. Efectivamente este tipo de adjetivaciones tiende a relativizar los significados fuertes de rango primordial mostrándolos bajo un ropaje adventicio. Ahora bien, no es posible imponerse contra la fuerza del río: *pictoribus atque poëtis quidlibet faciendi semper fuit aequa potestas*. Nada se diga si ya se trata de un imparable uso que ha convertido en expresión técnica la de *catolicismo social* para designar «a todo el movimiento de pensamiento y de acción a



favor de los trabajadores en el ámbito católico» (p. 156). Así las cosas, el tema es lo que importa y estamos ante un tema vivo entre los vivos.

La llamada cuestión social, la deserción de las masas obreras, la evolución profunda y rápida de la concepción del trabajo, las valoraciones antagónicas de la persona en la sociedad, la constitución de los bloques ideológicos, y todo ello en una prolongada época de revolución más o menos larvada, más o menos patente, han contribuido a mantener sobre el tapete el interrogante —todavía no dilucidado a satisfacción— en torno al papel que la Iglesia jugó o que pudo y debió jugar. Están por un lado los textos magisteriales que para estas horas —tras el siglo transcurrido tras el magno documento de León XIII— forman un 'corpus' de gran magnitud e importancia: la Doctrina social de la Iglesia. Está por otro lado el panorama de acción social cuyos protagonistas son personalidades muy diversas. La respuesta del magisterio jerárquico a la interpelación de los grandes problemas humanos de carácter social no significa sino una parte —de indispensable relevancia por cierto— de la realidad historiable, la cual ha debido correr a cargo de las inquietudes surgidas en cada conciencia singular al filo de la vida. No cabe pensar en una conciencia cristiana que permanezca legítimamente adormecida ante las necesidades patentes en espera de un mandato jerárquico, como si éste fuese el único estímulo capaz de ponerla en acción. El magisterio se produce en coherencia con la inquietud vital del pueblo cristiano.

Está claro, por tanto, que la historiografía —so pena de ser de elaborada sobre el prejuicio hierarcológico o de reducirse al espacio de las grandes personalidades públicas— no puede limitarse a la valoración intrínseca de las grandes formulaciones. Hace falta ver su asimilación traducida en el influjo sobre la opinión pública y más aún

sobre la formación de una conciencia cristiana responsable y operativa. Es importante igualmente contemplar el arco entero, el firmamento total de la acción social de los católicos —presbíteros de a pie, laicos significados o anónimos combatientes asociados en cofradías, asociaciones, movimientos, comprometidos en iniciativas tal vez muy diversas— que salen al paso de los nuevos problemas humanos creados por la revolución política, social, industrial y religiosa, y eso a través de luces y sombras, de aciertos y de errores, pero con un propósito de eficacia

A este fin, el de contemplar al menos un boceto temprano de la reactividad vital de la Iglesia ante los problemas sociales surgidos en los últimos ciento cincuenta años —las fechas «1891-1891» no pueden no ser convencionales—, el estudioso deberá contar con la aportación que suponen estas páginas. Digo 'un boceto', porque el tema es hondo y extenso, exige multitud de puntualizaciones y, encima, excita inquietudes y pasiones, pone en pie viejos prejuicios, e interpela sensibilidades neurálgicas o inmaduras surgidas en este siglo, que —en cierto sentido fuerte— es el más original y progresivo de toda la historia del hombre.

El libro tiene también el mérito nada breve de proporcionar unos elencos bibliográficos estupendos y valiosamente comentados por los autores. El índice de nombres —todavía un poco insuficiente— ayuda a la consulta de un libro que tiene carácter de tal, ya que excede en mucho el simple valor de unos relatos compuestos para información del erudito.

No puedo menos de elogiar la versión al castellano hecha por Jean Baptiste Etcharrren, Julián Urbistondo y Enrique Banús, que son auténticos traductores de lujo.

E. de la Lama Cereceda